

IN MEMORIAM

WIGBERTO JIMENEZ MORENO

Amigo, maestro, historiador. De esta trinidad de condiciones encarnada en una sola persona, tendría que hablar, y mucho podría decir, refiriéndome tanto a sus altas calidades, cuando a los hechos menudos y anecdóticos, que no por serlo, dejan de servir para configurar una personalidad multiforme, valiosa y entrañablemente humana. Si optara por referirme al amigo o al maestro, podría el amor, que es efecto y respeto limpio y total, vencer mi deseo de presentarlo como una *Vida paralela* en los términos de Plutarco y ejemplar en su unicidad, y desembocar en emocionada elegía.

Por ello voy a ocuparme más del historiador, del estudioso que encaminó su inteligencia, su mente iluminada por el genio, a penetrar en el conocimiento de todas las expresiones espirituales y materiales del hombre, tanto en el remoto pasado como en nuestros días, pues eso es la Historia.

Sin embargo, a más de su actividad científica, he de referirme a su manera común de ser, a su calidad humana, lo cual nos servirá para justipreciar mejor su valor intelectual.

Suele darse en muchos intelectuales una dicotomía muy acentuada entre su valor científico y su valor humano. Seres de inteligencia y sensibilidad genial, pueden no tener condición ni virtudes humanas apreciables, que correspondan a su estatura intelectual, que armonicen con ella. Pueden darse casos en los que la ausencia de caracteres morales: bondad, honestidad, entereza, etc., disminuyan el valor integral de una persona, lo contradigan y aún nulifiquen. Idealmente sentimos que la presencia equilibrada de valores morales e intelectuales en un ser determinado, es lo que lo magnifica, lo hace digno de estimación total, por igualar la vida al pensamiento.

En el caso de Wigberto Jiménez Moreno, el equilibrio justo entre sus virtudes morales y su valor intelectual, es lo que engrandece. Por ello me referiré brevemente a resaltar su condición humana, para en seguida hablar del científico, del sabio historiador, a quien mejor que a nadie debe aplicarse la universal y rotunda condición de que hablaba el clásico: «Nada de lo que es humano le fue ajeno».

Efectivamente, Wigberto Jiménez Moreno poseyó a más de curiosidad insaciable, mente ágil y despierta para captar lo importante, inteligencia precisa que discernía lo trascendente de lo puramente episódico, capacidad para resumir en apretados conceptos las explicaciones más amplias y una memoria privilegiada que después de organizar rigurosa y certeramente lo aprendido, volcaba ese saber quintaesenciado, con rigor y veracidad. Estas cualidades de su inteligencia las manejaba con precisión y oportunidad, sin alambicamientos eruditos ni pedantes muestras de acrobacia mental. En él toda expresión de conocimientos era sencilla, nítida, y sólo cuando tenía que explicar académicamente algún punto en debate extraía de su rico arsenal, multitud de argumentos y precisiones reveladoras de su pasión por el estudio, de su enorme capacidad de lecturas y de una comprensión profunda y crítica de las fuentes por él utilizadas.

Por haber conservado siempre con rigor y fidelidad su alta condición humana, por haber sabido gozar la vida en plenitud y saborear la amistad, el amor, la lealtad, la belleza, la sabiduría, no se acartonó ni desfiguró su cordial y sencilla personalidad, no adaptó el rictus falso de los sabios oficiales, el hieratismo y la prosopopeya que encubren falsos valores. Tal vez por haber sido tan genuino en sus expresiones, tan cálidamente humano, muchas de sus actitudes fueron mal comprendidas, objeto de bromas y menosprecio de quienes no saben hallar la semilla si no va envuelta en hojarasca ruidosa e inservible. Fue fiel a sí mismo, a su auténtico ser, a sus costumbres provincianas, a sus convicciones, a la amistad, a la lealtad, a todo aquello que además de genuino es eterno. Mil y mil anécdotas se cuentan de él, pero ellas no le empequeñecen, sino que acrecientan su valor, su consistencia moral e intelectual, su gran sentido de la vida. Nunca trató de ser un sabio perdido en el éter, ajeno al mundo; al contrario, vivió, disfrutó y sufrió al mundo, cuya comprensión le tornó sabio. Administró prudentemente su economía, disfrutó de la mesa sencilla, del amor, del deleite que al espíritu y los sentidos da el arte de la comunicación tanto con espíritus selectos como con los de

grupos rústicos en donde la intuición prístina y sin pulir se manifiesta y es grato. Cultivó la amistad y supo encontrar en amigos, colegas y discípulos el aspecto positivo y valioso, lo aprovechable, y no se cebó en los puntos vulnerables que todos presentamos. Respetó valor y formas de ser del prójimo, comprendió las debilidades de los demás sin encarnizarse contra nadie ni ofenderlos, y resistió muy a menudo los ataques de torpes y envidiosos que se aprovecharon de su bondad y sapiencia. Supo advertir con dignidad, la indiferencia e injusticias que contra él se cometieron y agradeció honda y perpetuamente todo favor y ayuda que se le otorgó. La incompreensión, la ignorancia, la mala fe las sufrió con entereza, sin amargarse ni conservar rencor a nadie. Malos administradores no comprendieron sus inmensos méritos, su rectitud, su honradez. Ellos han pasado en la escoria del tiempo y él se agiganta en sus dimensiones humanas. La exclusión que de él se hizo cuando ocupó algunos puestos revela cómo en nuestro ambiente no es estimada la recta conducta, el saber, la prudencia, la honestidad, sino el oropel, la mendacidad, el oportunismo, la incondicionalidad. Mantuvo siempre alta la frente y luchó tenazmente por lograr el apoyo no a él, sino a empresas culturales que beneficiaban a la Patria.

Con zaña que no revela sino mezquindad, espíritu de camarilla y prejuicios inexplicables en quienes deberían dar muestras de altura de espíritu, no se le hizo justicia y se le arrebató varias veces en forma consecutiva el Premio Nacional en Historia que numerosas instituciones solicitaron para él. Varios de sus alumnos, cierto es que cargados de méritos, recibieron por razones políticas el premio que estaba destinado al maestro.

Señalamos ya que una de las características esenciales de Jiménez Moreno fue la vastedad de intereses intelectuales que tuvo, su amplia curiosidad, su deseo y capacidad de cultivar varias disciplinas humanas. Ese deseo lo emparenta con el sabio barroco del siglo xvii, con Carlos de Sigüenza y Góngora, cuyas inquietudes fueron tan diversas como las de don Wigberto. Si aquél cultivó la astronomía, las matemáticas, la agrimensura, la poesía, la historia, la novela, éste con la misma ansia de saber penetró en la lingüística, la arqueología, la historia de México antigua, colonial y moderna, la historia universal, la cronología, la etnología, el arte, habiendo entrado en todas ellas con solidez, acierto y profundidad, no superficialmente como pasatiempo o erudición a la violeta. Como don Carlos, viajó, rescató libros y documentos valiosos, formó valiosas colecciones, esclareció puntos oscuros de nues-

tra historia, tanto prehispánica como virreinal y a base de comparaciones justas, de reflexiones sobre el devenir histórico, señaló diversas constantes de la historia mexicana, hechos reveladores de formas de ser que emergen de valores tradicionales, de expresiones materiales y espirituales de una cultura, de condiciones que el medio, la raza y el espíritu producen.

Su propósito de rescatar el acerco documental del país, semejante al que Sigüenza tuvo para reunir escritos y testimonios de la antigüedad y de salvar el archivo de la Audiencia cuando fue incendiado Palacio por las turbas, es semejante al esfuerzo realizado durante varios años por Jiménez Moreno, para inventariar y hacer copiar los archivos municipales y parroquiales de toda la República. Fruto de ese afán fue el hallazgo de los restos del Padre Kino. En compañía de Antonio Pompa y Pompa y José Miranda fue de pueblo en pueblo rescatando preciosos testimonios que permiten comprender el desarrollo total del país. Si Sigüenza puso en claro naturaleza y origen de los cometas desbaratando la confusión e ignorancia que en torno de ellos existía, así Jiménez Moreno, analizando inteligente y cuidadosamente fuentes y resultados arqueológicos, secuencias y estilos, pudo determinar que Teotihuacán no fue el asiento de los toltecas, sino Tula en Hidalgo, y que los olmecas de la Venta, la Mesa y Tres Zapotes, eran diferentes de los históricos que habitaron Cholula en etapas posteriores. La constancia en el trabajo y la dispersión de intereses que no les permitieron concentrarse en una sola obra semejan a ambos personajes. Cómo recuerdo también que por su multiplicidad de intereses y aún por su físico, sus antiguos alumnos le llamábamos el «Sigüenza del siglo xx».

A más de su interés enorme por los archivos, por los viejos folios, por tratar de estar al día en las fuentes históricas en las nuevas interpretaciones, Jiménez Moreno, que era gran admirador de Kroeber, fue magnífico etnógrafo. Recorrió con minucia amplias regiones del país, recogiendo información sobre la cultura material y espiritual de los grupos indígenas. De sus narraciones, de sus cantos tradicionales, de sus formas de vida, desprendía lo esencial, lo que le permitía ligar en su desarrollo a unos grupos con otros. Huicholes, mixtecos y zapotecos, tarascos, nahoas y muchos más le sirvieron para elaborar la trama —que esperaba su perfeccionamiento—, de la preciosa síntesis de la historia prehispánica, que se encierra en las lecciones dadas en la Escuela Nacional de Antropología.

Como fue notable lingüista, conocedor a fondo del náhuatl, del

otomí y del mixteco, pudo acercarse a diversos núcleos autóctonos y penetrar en su mundo mágico tradicional. Cultivó con rigor los textos indígenas, los tradujo rigurosa y científicamente, destacando su importancia, sin consagrarse a barroquismos conceptuales ni a elaborar términos que se sostienen con habilidosos malabarismos verbales. Muchos años dentro del Centro de lenguas indígenas y aisladamente, trabajó, aprendiendo y enseñando con una amplitud y riqueza que le brindaba su inmenso saber.

A Jiménez Moreno tocó conocer y tratar en el Museo Nacional a hombres tan destacados como Mariano Rojas, con quien perfeccionó su náhuatl; a Andrés Molina Enríquez, por entonces preocupado tanto por los problemas de la tierra, como de la situación de numerosos grupos indígenas; y sobre todo a Miguel Othón de Mendizábal, sociólogo, etnólogo de geniales percepciones y cultor de las lenguas indígenas. Con este último trabajó en amigable cooperación, de la que surgieron las cartas lingüísticas que desde la época de Orozco y Berra y Francisco Pimentel no se renovaban. Distintos en carácter y en forma de ser, Jiménez Moreno y Mendizábal congeniaron espléndidamente, intercambiaban información, cotejaban experiencias que enriquecían a uno y otro y a la historia. Mendizábal veía con admiración la sabiduría sencilla y dispuesta del joven historiador y éste respetaba y elogiaba las intuiciones magistrales de don Miguel.

Correspondió a Jiménez Moreno vivir y participar en una de las etapas sobresalientes de la arqueología mexicana, la que iniciara con magistral y amplia visión Manuel Gamio. Con los integrantes del equipo de Gamio, Ignacio Marquina y Eduardo Noguera tuvo gran amistad y de ellos aprendió lo esencial del trabajo arqueológico. Con Alfonso Caso, que llevó a su máximo perfeccionamiento estudios y trabajo arqueológico, cultivó enorme amistad. Caso descubrió el genio histórico de Jiménez durante el congreso de historiadores celebrado en Oaxaca, y a partir de entonces se convirtió en su protector y colega. El recio y amplio conocimiento que Jiménez Moreno tenía de las fuentes históricas apoyó los trabajos arqueológicos de Caso, de Rubín de la Borbolla, de Acosta. De la lectura y cotejo inteligente de numerosos textos, Jiménez deducía conclusiones felices y él impulsaba a los arqueólogos a verificar con sus explicaciones sus ideas. Dióse así una feliz conjunción de intereses que se completaban, de saberes que necesitaban tanto el apoyo de la información documental como la paciente y cuidadosa exploración de los sitios arqueológicos. Estuvo Jiménez Moreno siempre atento a los últimos hallazgos, discutía

las secuencias cerámicas y las etapas constructivas de cada sitio y cuidadosamente trataba de apoyar y ratificar esos hallazgos en la información que libros y códices le proporcionaban.

Wigberto Jiménez Moreno no fue, por otra parte, un sabio de gabinete, alejado de la realidad circundante. Su labor de rescate documental que hizo en toda la República, el interés por seguir de cerca las exploraciones arqueológicas que se realizaban y que le confirmaban lo aprendido en las fuentes o le obligaban a rectificar, y sus investigaciones etnográficas en diversas regiones, le confirmaron la idea, que desde muy joven tuvo, de que era necesario conocer y entender el contorno geográfico de los lugares en los que el hombre dejó testimonio de su existencia. Si adolescente recorría en fructíferas caminatas las vecindades de su natal León, tratando de localizar puntos de interés, ya mayor emprendería largos recorridos, ligando historia y geografía para obtener un mejor conocimiento de la acción humana. Derivada de este interés está su ímproba tarea de realizar una amplia serie de mapas históricos referentes a diversos aspectos de la historia de México, los cuales no llegó a publicar.

Consideró a Caso como a maestro y amigo y éste le impulsó a perfeccionarse en el extranjero, en donde aprovechó los resultados de las nuevas corrientes en las ciencias antropológicas. Junto con Ignacio Bernal reuníanse semanalmente a discutir aspectos de la historia antigua en la que los tres hicieron notables aportaciones.

La amistad con Alfonso Caso y los resultados intelectuales de la misma deben parangonarse con las que el siglo anterior tuvo José Fernando Ramírez con Manuel Orozco y Berra. Si Ramírez abrió el estudio de la historia precolombina a saludable y fructífera comparación con las viejas culturas de Europa y Asia, así Caso y Jiménez Moreno con su lógica irrefutable, su saber universal, sus amplias concepciones, pudieron establecer necesarias y utilísimas comparaciones entre los desarrollos culturales de la América indígena y las culturas clásicas del Viejo Mundo.

Jiménez Moreno, que veía el desarrollo histórico mexicano a través de amplios panoramas, de horizontes muy vastos, apreció y colaboró también en las positivas tareas del sabio profesor alemán, Paul Kirchhoff. Este investigador, autor de concepciones geniales como la que definió y precisó concepto y realidad de Mesoamérica, emprendió junto con Jiménez Moreno la ingente labor de estudiar los calendarios prehispánicos, su cronología y sincronismo. Con los hallazgos realizados fue posible precisar la validez de la historiografía mesoamericana, comprender las diferencias existen-

tes en el cómputo del tiempo y ajustar la secuencia histórica de muchos e importantes acontecimientos que antes resultaban inexplicables y desajustados.

Y hablando de colaboración, siempre estimó el valor y competencia de sus colegas y colaboró en forma destacada en la confección de manuales escolares objetivos, bien informados, claros y modernos. La *Historia de México*, redactada con Alfonso García Ruiz, representa apretada y justa síntesis de nuestro desarrollo histórico, al igual que la que preparó en unión de José Miranda y María Teresa Fernández de Miranda.

Algunas de las culturas mesoamericanas le atrajeron por su riqueza e importancia histórica más que otras. Las de Oaxaca ejercieron en él cierto magnetismo. Habiendo hace varias décadas estudiado con todo detenimiento para su publicación el *Códice de Yanhuítlán*, que se conserva en la Academia de Artes de Puebla, escribió primorosa interpretación del mismo. En el estudio de los códices colaboró íntimamente con Salvador Mateos Higuera, sabio y dedicado especialista, cuya obra, que nunca fue publicada, sirvió a muchas personas para preparar trabajos en torno de los códices mexicanos. En algunos aspectos la labor de Mateos Higuera se asemeja a la de Jiménez Moreno, quien dejó en apuntes de sus cátedras y de sus conferencias, dispersa, enorme riqueza, la cual ha sido aprovechada, parte de buena fe, otras subrepticamente por propios y extraños.

El mundo colonial en el que veía una prolongación del indígena fue también tema preferente de Jiménez Moreno. El libro que publicó fue tan sólo ajustado resumen de su saber. Siguió con atención aprovechando sus hallazgos en los archivos, el proceso descubridor y colonizador del centro y norte de México. Precisó nombres y fechas, derroteros y fundaciones; inquirió con gran rigor origen y consecuencias de los encuentros de culturas, valoró los aportes de la acción española sin desdeñar la de los indígenas. Percibió las coyunturas económicas, sociales, políticas y culturales de los tres siglos virreinales y sus logros, destacando aquellos aspectos más salientes, como los de la aculturación, el mestizaje material y espiritual, los cambios ideológicos y generacionales que se produjeron.

Sus concepciones históricas fueron resultado de sobrado estudio, amplia cultura, honda reflexión y nunca consecuencia de oportunismo político ni de deseo de complacer a los señores del poder. Su certero conocimiento de la historia del Viejo Mundo, en particular de la española, permitiéndole tener una visión maciza de la

acción de España en América, y en riguroso balance justipreciar la doble raigambre de la cultura mexicana. No fue hispanista a ultranza, ni tampoco un fanático del mundo indígena.

Interesado en el devenir histórico, en los cambios ideológicos, en la sucesión de mentalidades, utilizó los aportes de Ortega y Gasset en el estudio de las generaciones, y con su prodigiosa memoria y poder de análisis, formuló en torno del desarrollo mexicano formidable nómina en la que precisa y conceptúa las generaciones mexicanas, su acción, valor y alcances. Este trabajo suyo, que ha corrido con suerte, vale por la capacidad interpretativa que significa.

Buena parte de su labor realizola en las aulas, en los auditorios, en congresos y mesas redondas, en donde las conferencias de don Wigberto representaban siempre el plato fuerte, visiones monumentales de la historia, en las cuales había que admirar no sólo la claridad discursiva del maestro, sino su prodigiosa memoria, que permitía apoyar en citas precisas y ciertas las interpretaciones llenas de reflexión, de juiciosos comentarios que tenía en torno del tema que le correspondía tratar. Gran animador y sostén de academias, de sociedades, de congresos, muchos de sus esfuerzos se concentraron ahí, animando, aconsejando, formulando programas amplios y diversos. Sin egoísmos, dando su saber y consejo, alentó a numerosas generaciones tanto de estudiantes nacionales como extranjeros. Las universidades de diversos países se honraban invitándole a impartir cursos, seminarios, lecciones ricas en saber. Sus estudiantes aprovecharon largamente su enseñanza. Muchas tesis sostenidas aquí y allá son deudas de las lecciones del maestro. Amaba enseñar y su saber, que corría por todos los ámbitos, llegó a convertirse en idea que flotaba en el ambiente, a ser una idea común de la que muchos se aprovecharon. Generoso e incansable, gustaba establecer diálogos y conversaciones extraordinariamente ricos en sugerencias que muchas veces no llegó a escribir.

Vivía obsesionado por el saber. Oaxaca le atraía especialmente, y en los últimos años trabajó intensamente con estudiantes extranjeros en el estudio de los códices mixtecos. Durante nuestro coloquio en Oaxaca, planeó una visita a la región de Tututepec para apreciar la importancia que como señoría indígena y población colonial tuvo y así iniciar investigaciones y exploraciones en ese lugar.

Su curiosidad infinita le llevaba a hacer planes para el futuro, para cuya realización hubiera necesitado décadas y un equipo rigu-

roso para auxiliarle. Trabajó casi siempre sólo, y eso le privó poder cristalizar una obra rotunda, perfecta. Sus proyectos le asemejan con notable historiador, con Francisco del Paso y Troncoso, quien igual que don Wigberto elaboró planes ambiciosísimos que no pudo realizar. Pocos historiadores mexicanos han tenido tal magnitud de ideas y de felices hallazgos. De él habría que decir que a más de gran historiador, fue gran lingüista, gran etnólogo, gran antropólogo. En rigor, Wigberto Jiménez Moreno ha sido el máximo cultor de la historia antigua que México ha tenido en el presente siglo. Con las bases que dejó fray Bernardino de Sahagún, es el digno sucesor de Clavijero, de José Fernando Ramírez y de Manuel Orozco y Berra. En la centuria que termina destacará labor y nombre de Wigberto Jiménez Moreno, como el del mejor conocedor de la Historia Antigua de México.

Su obra dispersa, breve pero enjundiosa, quedará para acrecentar el saber de muchas generaciones, como han quedado las instituciones en donde difundió su sabiduría: la Escuela Nacional de Antropología, el Colegio del Bajío y muchos más, en donde con modestia e inmenso amor hacia México difundió su rico e inagotable saber. Sus estudiantes y amigos, quienes formamos el Seminario de Cultura Mexicana que presidió gallardamente, le recordamos como el colega en el que no es posible apreciar qué vale más, si su cordial bondad o su profundo saber. Sí podremos afirmar que fue para nosotros un privilegio inestimable encontrar en él uno de esos espíritus que nos reconcilian con el ser humano, tan imperfecto, egoísta e ignorante.

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR
Universidad Nacional Autónoma de México